

La imagen de San Isidro.

Juan Francisco González Cebada

LA IMAGEN DE SAN ISIDRO

juan francisco gonzález cebada



Capítulo 1

Sucedió hace algún tiempo, en tierras de Castilla, que en una aldea llegaron todos sus habitantes a morir de alegría. Pudo con ellos un cansancio indescriptible de risas y bailoteos que a todos dejó molidos y muertos por los campos, calles y plazas.

Ocurrió en una tarde de Mayo. Los aldeanos se hallaban algunos recogiendo los frutos de la cosecha y otros por las calles y la plaza. Allí, justo en la plaza, frente a la Iglesia, estaba todo bien provisto de puestos con dulces, cerveza, pan y muchos bienes exóticos, pues no sólo había Feria sino que eran fiestas en honor del Santo Patrón de la localidad, San Isidro Labrador.

En la aldea reinaba un jolgorio muy grande. Todos estaban preparados para dejar sus quehaceres en el campo, en los molinos o en los comercios, pues esa tarde iban a sacar a pasear el Santo desde la Iglesia y lo llevarían por todos los rincones de la aldea. Habría bailes y cantos en la posterior romería. Y a ella seguiría una verbena hasta las del alba.

Aquel año, las Fiestas serían las mejores que se habían hecho hasta la fecha, pues los habitantes más ricos de la aldea habían encargado a un célebre escultor extranjero que les hiciera una imagen del Santo, tallada en la mejor madera que fuese posible y, además, debía ser excepcionalmente hermosa.

Unos días antes, el artista extranjero, había visitado la aldea para acordar el precio de su obra y por ver si conseguía inspirarse. Asistió varias veces a misa, pensó en solitario frente al altar, mas no conseguía ver la imagen del Santo en su mente en la forma en la que se lo estaban pidiendo.

Unos días antes de que llegara la festividad se celebró una misa diferente. Había un coro de muchachos jóvenes, hombres y mujeres, que cantarían dichas misas. Todos ellos dirigidos por el párroco de la aldea. Todos asistieron, incluyendo al artista extranjero, quien estando allí y contemplando a los jóvenes del coro reparó en un muchacho de una belleza singular, que llamó su atención.

Aquel joven tenía un blanquísimo y delicado rostro imberbe, ovalado. Los cabellos rubios, más que el trigo o el oro. La frente amplia y unos ojos verdes como dos esmeraldas, que refulgían con un resplandor cándido como el de aquel rostro. El cuello era blanco y delicado y las proporciones del cuerpo eran tan armoniosas como las de las esculturas de los dioses griegos. Nuestro artista quedó maravillado, viendo en aquel joven a su modelo ideal para esculpir al Santo.

Cuando hubo terminado la misa, el escultor se acercó al joven apolíneo y le pidió que lo ayudase a hacer su obra, posando como modelo, a lo que el joven accedió de buen grado. Usando la misma sacristía como taller, el escultor comenzó los trabajos. Al párroco no le hizo ninguna gracia que se usara la sacristía para todo aquello, mas viendo que los lugareños se lo imploraban, al final, también accedió.

Así, en unos pocos días, los trabajos iban avanzando. El párroco y los padres del muchacho, quienes debían financiar la imagen, también; quedaban boquiabiertos y extasiados al ver la belleza y expresividad que iba adquiriendo el Santo. Sin embargo, el joven modelo parecía estar enfermando y se le veía triste y melancólico, sin razón aparente.

Ya quedaban pocos días no sólo para las festividades, sino también para terminar la obra, cuando al párroco, quien era muy amigo de espiar lo ajeno y lo privado y después contarlo, se le ocurrió espiar al artista y al modelo en sus tareas. Acechando por el ojo de la cerradura de la puerta de la sacristía, vio escandalizado que el artista no sólo hacía posar al joven completamente desnudo, sino que desnudo el también, de vez en cuando abandonaba la escultura por acudir a besar y acariciar al joven. Quién sabe las veces que el párroco se persignó y calló de rodillas ante el altar rezando, a fin de que un rayo fulminara a aquellos dos sacrílegos y a él mismo por permitirlo.

Finalmente le pudo la codicia y decidió que, cuando el artista acabase la imagen del Santo, castigarían al joven y al escultor no le pagarían, sino con una buena estriba de palos.

Quedaba un día para las fiestas, cuando el escultor anunció con enorme júbilo que su obra estaba acabada. Ya toda la aldea estaba enterada de lo que había estado aconteciendo en su Iglesia. "Venid, Maese, que os pagaremos", le dijeron el párroco y los padres del joven al escultor. Y, acompañados por unos cuantos mozos, lo llevaron a un granero y le dieron una brutal paliza. Tal fue, que lo dejaron por muerto.

El escultor se retorció de dolor. Lloró sangre y se orinó encima, sangre también. Y antes de morir, maldijo con voz trémula a toda la aldea.

Llegó el día siguiente y todo el mundo estaba alegre, como si nada hubiese pasado. Todos excepto el joven apolíneo, el cual se hallaba horriblemente triste. Por casualidad, cuando llegó la hora de pasear al Santo, aquel joven fue a parar al granero, donde encontró muerto al artista. Y, allí mismo, cogió una soga y se ahorcó sin que nadie se enterara.

Cuando los que paseaban al Santo volvieron a llegar a la plaza y ya iban de nuevo a entrarlo a la Iglesia, vieron que la imagen lloraba y meaba sangre. Lo posaron en el suelo y vieron el espectáculo horrorizados. El

mismo párroco se acercó a la imagen, tomó unas gotas de aquello con el dedo, se lo llevó a la boca y dijo: "No es sangre, es vino".

De repente comenzó a beber. Y tras él lo hicieron todos los que allí se hallaban. El jolgorio era atronador. Toda la aldea, incluso los ancianos y los niños fueron a contemplar al San Isidro que lloraba y meaba vino. Y todos bebieron. Luego bailaron y bebieron más y más. Ora bebían, ora bailaban. Y volvían a beber y a bailar y reír.

Una locura y desenfreno brutales se apoderó de todos y estuvieron bailando, cantando, bebiendo y riendo sin parar hasta las del alba y así durante días sin parar. Hasta morir todos de extremo agotamiento y por sus huesos rotos.

Quienes hoy pueblan esa aldea cuentan esta historia y cada día 15 de Mayo santifican el lugar por purgar los fantasmas de todas aquellas ánimas que allí murieron. Y hay quien cuenta que aún oye risas y cantos por las noches y a lo lejos, lamentos en un granero.